

IV

La comitiva del bautizo debía de partir del pabellón del Reloj, á las cinco de la tarde. El itinerario era el siguiente: Gran avenida del jardín de las Tullerías, plaza de la Concordia, calle de Rívoli, plaza del Hôtel-de-Ville, puente de Arcola, calle de Arcola y plaza del Atrio.

Desde las cuatro, la muchedumbre invadió el puente de Arcola. Allí, en el hueco que dejaba el río en mitad de la ciudad podía contenerse todo un pueblo. Era como un brusco ensanche del horizonte, con el extremo de la Isla de San Luis en lontananza, atajado por la negra línea del puente de Luis Felipe; á la izquierda, el brazo más estrecho del río iba á perderse en el fondo de una compresión de bajas construcciones; á la derecha del brazo mayor ofrecía una lontananza perdida en una especie de humareda violácea, en que se percibía la verde mancha de los árboles del Port-aux-Vins. Después, por ambos lados, desde el muelle de San Pablo al de la Tenería, desde el muelle de Napoleón al

SU EXCELENCIA EUGENIO ROUGÓN

del Reloj, las aceras se prolongaban en grandes vías, mientras que la plaza del Hôtel-de-Ville, frontera al puente, desarrollaba una llanura... Y, sobre aquellos inmensos espacios, el cielo, un cielo de junio de diáfana pureza, extendía el manto enorme de su infinito azul.

Cuando dió la media, veíase gente por todas partes. Costeando las aceras había estacionadas interminables filas de curiosos, estrujados contra las paredes. Un mar de cabezas humanas, oleadas siempre crecientes, henchía la plaza del Hôtel-de-Ville. En frente, las vetustas casas del muelle de Napoleón amontonaban, en los oscuros huecos de sus ventanas abiertas de par en par, millares de cabezas; y hasta en el fondo de las lóbregas callejuelas, con vista al río, las calles de Colombe, de Saint-Landry, de Glatigny, veíanse innumerables gorros de mujeres con sus lazos azotados por el viento. Invadido el puente de Nuestra Señora, ofrecía una hilera de espectadores, acodados sobre el pretil, como sobre el terciopelo de una tribuna colosal. En el otro extremo, lo más lejos, el puente de Luis Felipe se animaba con un bullir de puntos negros; mientras que las ventanas más lejanas, las diminutas rayas que cortaban con regularidad las fachadas amarillas y grises de lo alto de las casas, en la punta de la isla, se iluminaban por instantes con la clara mancha de un vestido. Veíanse hombres de pie, encima de los techos, entre las chimeneas. Personas, á quienes no se divisaba, miraban con los anteojos,

desde lo alto de sus terrazas, el malecón de la Tour-nelle. Y el oblicuo astro del día, inmensamente extendido, parecía como el estremecimiento mismo de toda aquella multitud; acompañaba el reir de la inmensa marejada de cabezas; los quitasoles, de colores vivos, se asemejaban á espejos, que aparecían como redondeces de astros, en medio del abigarramiento de las faldas y de los gabanes.

Pero lo que se distinguía de todas partes, desde los muelles, de los puentes, de las ventanas, en el horizonte, era, en la desnuda pared de una casa de seis pisos, en la isla de San Luis, una gigantesca levita gris, pintada al fresco, de perfil, con la manga izquierda doblada por el codo, como si la pieza hubiese conservado la actitud y la forma de un cuerpo ya desaparecido. Aquel reclamo monumental adquiría, al sol y sobre el hormiguero de los paseantes, una extraordinaria importancia.

Entretanto, una doble hilera de soldados mantenía libre el espacio necesario para que el cortejo pasara en medio de la muchedumbre. A la derecha se alineaba la guardia nacional, á la izquierda soldados de infantería. Un extremo de aquella doble hilera perdíase en la calle de Arcola, empavesada con banderas y engalanadas las ventanas con ricas colgaduras, que ondeaban blandamente, costeano las negras casas. El puente, por el que se había impedido el paso, era el único espacio libre, en medio de la invasión de los menores rincones; y producía un extraño efecto, viéndolo desierto, ligero, con

su única cerca de hierro, de curva tan suave. Pero allá abajo, en las barcazas de la orilla del río, el torbellino se renovaba; burgueses endomingados habían extendido los pañuelos y sentádose encima, al lado de sus mujeres, poniéndose en espera, para descansar de toda una tarde de andar de acá para allá. Al otro lado del puente, en medio de la dilatada sábana del río, muy azulada y ondulada de verde en la reunión de ambos brazos, una tripulación de barqueros con camisetas rojas, hallábase remando, para mantener sus esquifes á la altura del Port-aux-Fruits. Veíase también entre el muelle de Gèvres, un gran lavadero flotante, con sus maderos enmohecidos por el agua, en el que se oían las carcajadas y los paletazos de las lavanderas. Y aquel pueblo amontonado, aquellas trescientas á cuatrocientas mil cabezas, alzábanse de vez en cuando y dirigían la vista á las torres de Nuestra Señora, que ergían al sesgo sus cuadradas masas, por encima de las casas del muelle de Napoleón. Las campanas de las torres, doradas por el sol poniente, color de herrumbre sobre el claro cielo, vibraban en el aire, sonoras, con formidable repiqueteo.

Dos ó tres equivocados toques de atención habían producido ya serios empujones entre la multitud.

—Yo aseguro á ustedes que no pasarán antes de las cinco y media—decía un buen mozo sentado delante de un café del malecón de Gèvres, en compañía del señor y de la señora de Charbonnel.

Era Gilquin, Teodoro Gilquin, antiguo inquilino de madama Correur, el terrible amigo de Rougón. Hallábase aquel día vestido de terliz amarillo, traje completo por veintinueve francos, estropeado, lleno de manchas y reventando por las costuras; y llevaba botas agujereadas, guantes habana claro y amplio sombrero de paja sin cinta. Tan luego como se ponía los guantes, Gilquin quedaba vestido. Desde el medio día andaba correteando con los Charbonnel, con quienes había trabado relaciones una noche en casa de Rougón, en la cocina.

—Todo lo verán ustedes, hijos míos—repetía secándose con la mano los enormes bigotes que cruzaban de negro su cara de borracho.—Ustedes se han puesto en mi mano, ¿verdad que sí? Pues bien, permítanme ustedes regular el orden y la marcha de la fiesta.

Gilquin había trasegado ya tres vasos de coñac y cinco *chops*. Hacía dos horas largas de talle que tenía allí á los Charbonnel, con el pretexto de que había que llegar los primeros. Era aquél un cafetín que conocía al dedillo y en donde se estaba al pelo, según decía; y tuteaba al mozo. Los Charbonnel, resignados, le escuchaban, sorprendidísimos de la abundancia y de la variedad de su conversación; la señora Charbonnel tan sólo había querido un vaso de agua azucarada; su consorte tomaba una copa de anisete, como tenía por costumbre, á veces, en el Círculo del Comercio, en Plassans. Mientras tanto, Gilquin les hablaba del bautizo, como si hu-

biese pasado la mañana en las Tullerías, para obtener detalles.

—La emperatriz está la mar de contenta—decía.—Ha tenido un alumbramiento felicísimo. ¡Oh! ¡es muy valiente! Van ustedes á ver qué presencia la suya... El emperador ha vuelto anteayer de Nantes, donde había ido con motivo de las inundaciones... ¡Ah! ¡qué desgracia de inundaciones!

La señora Charbonnel echó más atrás la silla. Tenía un ligero temor á la muchedumbre, que se aproximaba á ella, cada vez más compacta.

—¡Qué gentío!—exclamó.

—¡Pardiez!—gritó Gilquin,—hay más de trescientos mil extranjeros en París. Desde hace ocho días, los trenes traen aquí todas las provincias... Miren ustedes, allí tienen normandos, allí gascones y allá del Franco-Condado. ¡Oh! no se me despintan. ¡Es tanto lo que esta mi humanidad ha rodado por esos mundos de Dios!

Dijo después que los tribunales holgaban, que la Bolsa estaba cerrada, y que todas las administraciones habían dado asueto á sus empleados. La capital entera festejaba el bautizo. Y todo le llevó por la mano á citar números, á calcular lo que costarían las ceremonias y las fiestas. El Cuerpo legislativo había votado cuatrocientos mil francos; mas esto era una miseria; pues un palafrenero de las Tullerías le había asegurado el día anterior, que sólo los gastos de la comitiva ascenderían á cerca de doscientos mil francos. Si el emperador no tenía que

agregar más que un millón de la lista civil, podría darse por satisfecho. Tan sólo la canastilla valía cien mil francos.

—¡Cien mil francos!—repetía la señora de Charbonnel haciéndose cruces.—Mas ¿cómo se entiende ese gasto? ¿Qué es lo que se le ha podido agregar?

Gilquin se echó á reir con benevolencia. ¡Había blondas que costaban un ojo de la cara! En otro tiempo, él había viajado para la venta de blondas. Y continuó sus cálculos: cincuenta mil francos habían sido destinados á los padres de los hijos legítimos nacidos en el mismo día que el principito, y de los cuales el emperador y la emperatriz habían querido ser padrino y madrina; ochenta y cinco mil francos habían de emplearse en la compra de medallas para los autores de canciones cantadas en los techos. Dió, por último, detalles sobre las ciento veinte mil medallas conmemorativas, distribuídas á los colegiales, á los niños de las escuelas primarias y de las salas de asilo, á los sargentos y á los soldados del ejército de París. El tenía una y la enseñó. Era una medalla tan grande como una moneda de diez sueldos, llevando en el un lado los perfiles del emperador y la emperatriz y en el del otro el del príncipe imperial, con la fecha del bautizo: 14 de junio de 1856.

—¿Querría usted cedérmela?—le preguntó el señor Charbonnel.

Gilquin accedió. Pero al ver que aquel buen hombre, confundido acerca del precio, le largaba

una moneda de cien sueldos, se negó resueltamente á aceptarla, diciendo que todo lo más, aquello sólo valía diez sueldos. Entretanto la señora de Charbonnel contemplaba el perfil de la pareja imperial. Y se enterneció...

—Tienen cara de buenas personas—decía.—Están el uno pegado al otro, como la gente de bien... Vea usted, señor Charbonnel, cuando se mira la medalla de este modo, creeríase que se trata de dos cabezas recostadas sobre la misma almohada.

Entonces Gilquin se extendió hablando de la emperatriz, cuya caridad puso en las nubes. En el noveno mes de su estado de buena esperanza, había dedicado tardes enteras á la creación de una casa de educación para las niñas pobres, en la parte más alta del arrabal de San Antonio. Acababa de rehusar ochenta mil francos, recogidos de cinco en cinco sueldos por el pueblo, para ofrecer un regalo al principito, y aquella cantidad fué destinada, según sus deseos, á costear el aprendizaje de un centenar de huérfanos. Gilquin, ya un si es no es entre dos luces, abría unos ojos terribles en busca de tiernas inflexiones de voz y de expresión en que se aliaran el respeto del súbdito con la apasionada admiración del hombre. Declaraba que de buen grado haría el sacrificio de su vida en aras de aquella noble señora. Pero en torno suyo nadie alzaba la menor protesta. El lejano rumor de la muchedumbre parecía como el eco de sus elogios, que se extendían en clamoreo incesante. Y las campanas de

Nuestra Señora, á todo vuelo, lanzaban por encima de las casas el bamboleo de su infinita alegría.

—¿No sería ya ocasión de irnos á colocar?—dijo tímidamente el señor Charbonnel, quien se aburría de estar sentado.

Su consorte se había levantado, atrayéndose al cuello su chal amarillo.

—¿Quién lo duda?—repuso.—Usted quería que llegásemos de los primeros y he aquí que no nos movemos, y que dejamos pasar á todo hijo de vecino delante de nosotros.

Pero Gilquin puso el grito en el cielo. Echóse á renegar como un condenado, asestando puñetazos á la mesita de zinc. Por ventura ¿no conocía él su París? Y en tanto que la señora de Charbonnel, intimidada, volvía á caer sobre su asiento, gritó al mozo de café.

—¡Julio, un agenjo y cigarros!

Y en seguida, en cuanto hubo humedecido sus grandes bigotes en el agenjo, le llamó hecho una furia.

—¡Qué! ¿estás haciendo burla de mí? ¿Quieres cargar con esa droga y servirme de la otra botella, de la del viernes?... También he viajado para la venta de licores. No se toma el pelo tan fácilmente á Teodoro.

Y se calmó, así que el mozo, quien parecía tenerle miedo, le hubo traído la botella. Entonces dió amistosos golpecitos en los hombros de los Charbonnel y les llamó papá y mamá.

—¡Cómo, mamá! ¿los piececitos tienen ganas de largarse? Vamos, tiempo tendrá usted para ponerlos en movimiento de aquí á la noche. ¡Qué diantre, mi querido papá! ¿no nos encontramos á pedir de boca delante de este café? Estamos sentados y vemos pasar la gente... Digo á ustedes que nos sobra tiempo. Mándense ustedes servir algo.

—Gracias, ya hemos tomado lo que nos hacía falta—declaró el señor Charbonnel.

Gilquin acababa de encender un cigarro. Retrepábase en la silla, con los pulgares en las sisas del chaleco, arqueando el pecho y zarandeándose en la silla. Sus entornados ojos aparecían en verdadero estado de beatitud. De repente le asaltó una idea.

—Pero ¿no saben ustedes? Pues bien, mañana por la mañana, á las siete, me tienen ustedes en su casa, para llevarles y hacerles ver toda la fiesta. ¿Eh? Será de lo que no hay.

Los Charbonnel se miraron vivamente inquietos; pero él reseñaba el programa de cabo á rabo. Su voz habría sido á propósito para enseñar osos y anunciar sus habilidades pomposamente. Por la mañana, almuerzo en el Palais-Royal y paseo por la ciudad. Por la tarde, á la esplanada de los Inválidos, maniobras militares, cucañas, trescientos globos en libertad, llevando cucuruchos de confites, y gran globo lanzando una lluvia de grajeas. Por la noche cena en casa de un almacenista de vinos, á quien conocía, muelle de Billy, fuegos artificiales, cuya pieza final debía de representar un baptisterio, y, por último,

gulusmear de una parte á otra, en medio de las iluminaciones. Y hablóles de la cruz de fuego que se izaba sobre el hotel de la Legión de Honor, del palacio de hadas de la plaza de la Concordia, que necesitaba el empleo de novecientos cincuenta mil vasos de colores, de la torre de Santiago, cuya estatua, al aire, parecía una antorcha encendida. Mas, como los Charbonnel no dejaban de vacilar, inclinóse y bajó la voz.

—Después, al regreso, nos detendremos en una lechería de la calle del Sena, en donde se come una sopa con queso que da la hora.

Entonces los Charbonnel no fueron osados á negarse. Sus redondeados ojos expresaban á la vez gran curiosidad y espanto de niños. Parecía como si se convirtiesen en la cosa de aquel demonche de hombre. La señora de Charbonnel se dió por satisfecha con murmurar:

—¡Ah! ¡qué París, qué París!... En fin, ya que en él estamos, hay que verlo todo. Pero, si usted supiera, señor Gilquin, cuán tranquilos nos hallábamos en Plassans... Allí tengo conservas que se pierden, confituras, cerezas en aguardiente, pepinillos...

—No tengas miedo, mamá—dijo Gilquin, que hasta gozaba tuteándola.—Ganas tu pleito y me convidas, ¿eh? para ir allá abajo á dar buena cuenta de las conservas.

Y se echó otro vasito de ageno. Estaba ya hecho un zaque. Durante unos instantes estuvo contem-

plando á los Charbonnel con ojos de ternura. Súbitamente se puso de pie, y agitó los largos brazos, llamando la atención con sus «¡psit! ¡eh! ¡oiga usted!». Era la señora Melania Correur, con vestido de seda color de cuello de paloma, que pasaba por la acera de en frente. La dama volvió la cabeza y pareció de muy mal talante al distinguir á Gilquin. No obstante, atravesó el arrecife, moviendo las caderas como una princesa. Y cuando se halló en pie delante de la mesa, hízose mucho de rogar para aceptar cualquier bagatela.

—Vamos, una copita de grosella—dijo Gilquin.—A usted le gusta. ¿No se acuerda usted... calle de Vanneau? ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Ah! ¡qué pedazo de animal era aquel Correur!

Acababa de sentarse, cuando un inmenso clamoreo recorrió la multitud. Los paseantes, como impulsados por el huracán, se dejaban llevar, con pisoteo de rebaño desbandado. Los Charbonnel, instintivamente, habíanse levantado para apretar á correr, pero la pesada mano de Gilquin volvió á clavarles en sus asientos. Estaba más colorado que un pimiento.

—¡No se muevan, voto á sanes! Esperen la voz de mando... Ya ven ustedes que esos imbéciles no se salen con la suya. No son más que las cinco, ¿estamos? Quien llega ahora es el cardenal-legado. A mí me parece humillante que el papa no haya venido en persona. O se es padrino, ó no se es ¡idigo, á

mí me parece! Juro á ustedes que el cominejo no pasará antes de media hora.

Poco á poco, la gran pítima iba haciendo que se le perdiera el respeto. Había dado la vuelta á la silla y fumaba en las narices de la gente, guiñando los ojos á las mujeres y mirando al sexo fuerte con ademán provocativo. En el puente de Nuestra Señora, á algunos pasos de allí, se produjeron entorpecimientos de carruajes; los caballos piafaban impacientes, y los uniformes de altos funcionarios y de oficiales superiores, bordados de oro, cuajados de condecoraciones, aparecían en las portezuelas.

—¡Miren ustedes cuánta quincalla!—murmuró Gilquin, con sonrisa de hombre superior.

Mas como llegase un cupé por el muelle de las Tenerías, por poco de un salto no echó patas arriba la mesa y gritó:

—¡Calle! ¡Rougón!

Y, en pie, con su enguantada mano, se puso á saludar. Después, como temiese no haber sido visto, tomó su sombrero de paja y lo agitó. Rougón, cuyo uniofrme de senador era muy mirado, se hundió más que de prisa en un rincón del cupé. Entonces Gilquin le llamó á voces, haciendo vocina de su puño á medio cerrar. En frente, sobre la acera, la multitud se agrupaba tumultuosamente y se volvía para ver quién era aquel energúmeno vestido de dril amarillo. El cochero pudo en fin fustigar al caballo y el cupé se deslizó por el puente de Nuestra Señora.

—Cállese usted—dijo con ahogado acento madama Correur, cogiendo uno de los brazos de Gilquin.

No quiso sentarse de seguida. Empinábase para seguir con la vista el cupé, en medio de los demás carruajes. Y soltó una última frase tras las ruedas que huían.

—¡Ah, el que olvida á sus amigos, porque ahora lleva el gabán bordado de oro! Esto no quita, gran soberbio, que en más de una ocasión no hayas pedido prestadas las botas á Teodoro.

A su alrededor, en las siete ú ocho mesas del cafetín, había burgueses con sus damas que abrían ojos enormes; había sobre todo en la mesa de al lado, una familia compuesta de padre, madre y tres hijos, que le escuchaban con el mayor interés. El por su parte se esponjaba, embelesado por contar con un público. Paseó lentamente una mirada sobre los consumidores, y dijo en alta voz, volviéndose á sentar:

—¡Rougón! ¡já mí me debe cuanto es!

Como madama Correur hubiese tratado de interrumpirle, Gilquin la tomó por testigo. Ella lo sabía todo de pe á pa. Todo se había realizado en su casa, calle de Vanneau, hotel de Vanneau. Estaba en que no iba quizás á desmentirle que le había prestado sus botas veinte veces para ir á casa de las personas de campanillas, para tomar parte en un montón de líos, de quien nadie entendía jota. Rougón, en aquellos tiempos, sólo contaba con un par de zapatos destalonados, que habría despreciado un

trapero. E, inclinándose, victorioso hacia la mesa vecina, para mezclar á aquella familia en la conversación, exclamó:

—¡Pardiez! No dirá que no. Ella fué, en París, quien le pagó el primer par de botas nuevas.

Madama Correur volvió su silla para no aparecer que formaba parte de la sociedad de Gilquin. Los Charbonnel, permanecían pálidos y azorados, ante la manera como oían tratar á un hombre que había de meterles en el bolsillo la friolera de quinientos mil francos. Pero Gilquin, una vez lanzado por aquel camino, refirió, con detalles interminables, los comienzos de la vida de Rougón. Se las echaba de filósofo; ahora Gilquin lo tomaba todo á risa, y la emprendía con los consumidores, uno por uno, fumando, escupiendo, bebiendo, haciéndoles saber que estaba acostumbrado á la ingratitud de los hombres; bastábale con merecer la estimación de sí propio. Y repetía, una y otra vez, que él había hecho á Rougón. En aquella época él era viajante del ramo de perfumería; pero aquel comercio no florecía, á causa de la república. Los dos padecían hambres caninas en el mismo tugurio. Entonces concibió la idea de instar á Rougón á hacerse enviar aceite por un propietario de Plassans. Y ambos se pusieron á trabajar el negocio, cada uno por su lado, azotando las calles de París hasta las diez de la noche, con muestras de aceite en sus bolsillos. Rougón no era muy ducho, y, sin embargo, obtenía de vez en cuando importantes pedidos, al-

canzados en las casas de personajes de alto copete, á donde iba de tertulia. ¡Ah! el muy granuja de Rougón, más estúpido que un adoquín en todo y para todo y, sin embargo, con más astucias que el mismo diablo. ¡Cómo había hecho, más adelante, correr de ceca en meca al pobre Teodoro, sin darle punto de reposo, por su dichosa política! Aquí Gilquin bajó un tanto la voz y guiñó los ojos; porque al fin y al cabo él también había sido de la partida. Recorría los bailucos de la gente popular, en donde gritaba: «¡Viva la república!». ¡Canastos! era muy preciso ser republicano para reclutar prosélitos. El imperio le debía de estar muy agradecido. Pues bien, no le daba tan siquiera las gracias. Mientras que Rougón y su hato de tunos se zampaban la torta, á él se le ponía de patitas en la calle, como si fuese perro sarnoso. Mejor estaba así, porque ante todo quería la independencia. No tenía más que un sentimiento, el de no haber llegado hasta el fin con los republicanos, para barrer á tiros á toda aquella escoria de la sociedad.

—Lo propio acontece con el pequeño Du Poizat, que hace como quien ya no me conoce—dijo para terminar.—Un alfeñique, á quien en más de una ocasión he cargado la tripa... ¡Du Poizat subprefecto!... Le he visto en paños menores con la grande Amelia, que, de un pescozón lo ponía en la calle, cuando no era buen muchacho.

Y se calló por un instante, enternecido de repente, con los ojos anegados de borrachera. Luego, reanudó

su interrumpida cháchara, interrogando á los consumidores á la redonda.

—En fin, ustedes acaban de ver á Rougón. Tan grande soy yo como él. Tengo su misma edad y me glorío de estar dotado de una cabeza no menos canalla que la suya. Pues bien, ¿no presentaría yo en un coche mejor empaque que ese grandísimo cerdo, cuajado el cuerpo de condecoraciones?

Pero movióse entonces tal clamoreo en la plaza del Hôtel-de-Ville, que los consumidores no pensaron gran cosa en contestar. La multitud se alborotó nuevamente; veíanse tan sólo piernas de hombre al aire, mientras que las mujeres se remangaban las faldas hasta las rodillas, exhibiendo sus blancas medias, para correr mejor. Y como el clamor se acercaba, extendiéndose en aullido cada vez más pronunciado, Gilquin gritó:

—¡Ah! ¡ya tenemos aquí al chiquitín!... Pague usted sin tardanza, papá Charbonnel, y síganme ustedes todos.

Madama Correur se había agarrado á su gabán de dril amarillo, á fin de no perderle. La señora de Charbonnel seguía, echando los bofes. Por poco dejan á la mitad del camino al señor Charbonnel. Gilquin se había lanzado en pleno barullo, resueltamente, valiéndose de los codos y abriendo un surco; y maniobraba con autoridad tanta, que las filas más compactas se apartaban ante él. Cuando llegó al pretil del muelle, colocó á toda su gente. Con un solo esfuerzo, alzó en alto á aquellas señoras

y las sentó en el pretil, con las piernas del lado del río, á pesar de los grititos de espanto que lanzaban. Tanto él como el señor Charbonnel, se quedaron de pie, detrás de ellas.

—¡Qué tal, gatitas más! Están ustedes en los primeros palcos—les dijo para tranquilizarlas.—¡No tengan miedo! Vamos á cogerlas á ustedes por la cintura.

Y deslizó ambos sus brazos alrededor de la robusta humanidad de madama Correur, quien se le sonreía. No había miedo de tomarla por la tremenda con aquel intrépido personaje. Mas entretanto nada se veía. Del lado de la plaza del Hôtel-de-Ville, percibíase como una agitación de cabezas, una marea de gritos y de vítores, que iban en aumento; los sombreros, á lo lejos, agitados por manos que no se veían, producían por encima de la muchedumbre una ancha oleada negra que se acercaba lentamente, por grados. Las casas del muelle de Napoleón, situadas fronteras á la plaza, fueron las primeras en conmoverse; las personas que había en las ventanas se irguieron, se codearon, con entusiasmados rostros y con los brazos extendidos, señalando algo á la izquierda, por el lado de la calle de Rívoli. Y, durante tres eternos minutos, el puente permaneció todavía vacío. Las campanas de Nuestra Señora, como cediendo á un furor de alegría, tocaban más fuerte aún.

Súbitamente, en medio de la multitud ansiosa, los trompetas se presentaron en el desierto puente. Un

intenso suspiro se exhaló de todos los pechos. Detrás de las trompetas y de la música que iba en pos, venía un general á caballo, acompañado de su estado mayor. A seguida, después de los escuadrones de carabineros, de dragones y de guías, empezaban los carruajes de gala. Iban en primer lugar ocho, tirados por seis caballos. Los primeros contenían damas de palacio, chambelanes, oficiales de la casa del emperador y de la emperatriz, damas de honor de la gran duquesa de Baden, encargada de representar á la madrina. Y Gilquin, sin soltar á madama Correur, le explicaba á la espalda que la madrina, la reina de Suecia, así como el padrino, no se habían tomado el trabajo de molestarse. Después, cuando pasaron el séptimo y el octavo coche, fué nombrando á las personas que dentro iban, con tal familiaridad, que le mostraba muy al tanto de las cosas de la corte. Aquellas dos damas, eran la princesa Matilde y la princesa María. Aquellos tres señores, eran el rey Gerónimo, el príncipe Napoleón y el príncipe de Suecia; iba con ellos la gran duquesa de Baden. La comitiva adelantaba lentamente. A las portezuelas, los caballeros, los edecanes y los caballeros de honor refrenaban las bridas de sus corceles, para mantenerlos al paso.

—¿En dónde está el pequeñuelo?—preguntó la señora de Charbonnel, impaciente.

—¡Pardiez! no lo habrán puesto debajo de ninguna banqueta—dijo Gilpin riendo.—Espere usted, que pronto llegará.

Apretó más amorosamente á la señora Correur, que se dejaba llevar, porque tenía miedo de venirse al suelo, según decía. Y, dominado por la admiración, con los ojos echando fuego, murmuraba:

—Sea como sea, esto en realidad resulta bellissimo. No se dan poco charol todos esos tunantes, en sus cajas de raso... ¡Y cuando pienso que yo he trabajado en todo eso!

¡Y cómo se engrería el hombre! La comitiva, la multitud, el horizonte entero le pertenecían. Mas, en el corto recogimiento ocasionado por la aparición de los primeros carruajes, un formidable runrun se aproximaba; ahora era en el muelle mismo en donde se agitaban los sombreros sobre las cabezas de la multitud. En medio del puente, seis batidores del emperador pasaban, con su verde librea y con sus redondos casquetes, de los que pendían dorados cordones con grandes borlas. Y la carretela de la emperatriz se dejó ver por último; iba tirada por ocho caballos; llevaba cuatro riquísimos faroles, colocados en los cuatro ángulos de la caja; cubierta toda de cristales, espaciosa, redondeada, asemejábase á un gran cofrecillo de cristal, adornado con relieves de oro y montado sobre ruedas de oro también. En el interior se distinguía con toda claridad en una nube de blancas blondas el sonrosado rostro del príncipe imperial, llevado en el regazo del aya de los Infantes de Francia; junto á ella se hallaba la nodriza, una hermosa mujer borgoñona de robusto seno. Después, á cierta distancia, tras un